

BONETE PERALES, Enrique. *Con una mujer cuando llega el fin. Conversación íntima con la muerte*. Madrid: BAC Popular, 2021, 122 pp. ISBN: 9788422022213

Para la mentalidad «calculista» del hombre moderno la muerte se ha vuelto algo extraño, ha desaparecido de su experiencia espontánea de la vida y se le niega su carácter definidor de la propia existencia, en la medida en que escapa a cualquier posible control: «Porque lo que hace extraño y difícil el morir es que no es *nuestra muerte*; una muerte que nos arrebatara por fin, sólo porque no hemos madurado muerte ninguna en nosotros» (Rilke *apud* Scheler 2011, 41).

A paliar semejante ocultación cultural de la muerte quiere contribuir el catedrático de Ética de la Universidad de Salamanca Enrique Bonete Perales con su (pen)último libro, un conciso y bello texto en forma de diálogo entre él mismo («El filósofo») y una enigmática y elegante mujer («La mujer», que personifica a la muerte), que se le aparece inopinadamente mientras convalece en el lecho conyugal tras un ataque al corazón de gravedad no irreparable (el ataque, como el autor relata vívidamente al comienzo del libro, sucedió realmente en octubre de 2020). A lo largo del diálogo con «La mujer», que se extiende en diecisiete breves capítulos, y que concluye con un epílogo que relata la muerte serena del filósofo tras su conversación con «La mujer», Enrique Bonete vierte sus reflexiones maduras durante muchos años sobre la condición del morir. No se trata en efecto de una materia nueva para el autor, en la medida en que la reflexión sobre la dimensión antropológica, y específicamente moral,

de la muerte (la «tánato-ética», en el lenguaje neologismo acuñado por Bonete), ha sido una constante de su labor docente e investigadora (recordemos a título de ejemplo, entre otros, sus libros *¿Libres para morir?* -Desclée De Brouwer, 2004-, *Repensar el fin de la vida* -Ediciones Internacionales Universitarias, 2007, y más recientemente *El morir de los sabios* -Tecnos, 2019-). Su última incursión en el problema de la muerte se ofrece bajo el ropaje de una reflexión meditativa antropológico-cristiana sobre su sentido y relevancia para la persona, vertida en un castellano terso y diáfano a un tiempo que atrapa al lector desde el principio. El morir, el «enigma más inquietante de la existencia» (32), es abordado en sus múltiples aspectos a lo largo del ensayo, que culmina con una breve reflexión final sobre la posibilidad de la supervivencia del yo tras la muerte biológica.

Desde la plenitud de una vida dedicada a la reflexión sobre el tema, el autor va desgranando las múltiples implicaciones que para la vida humana tiene una de sus notas constitutivas: la conciencia de la muerte, puesto que (retomando un tema scheleriano y heideggeriano a un tiempo), la muerte (*in statu peregrinanti* al menos, que dirían los clásicos) es, paradójicamente, un atributo de la vida, habita «por así decir, en el interior de toda persona» y «contribuye a mi identidad constitutiva tanto como la inteligencia o la autonomía» (64).

En efecto, una vida humana sin muerte (es decir: sin la conciencia de la muerte), no sería la vida humana tal como el hombre la ha vivenciado espontáneamente durante siglos. En realidad, la expectativa de una vida humana terrenal

sin fin resulta bastante más amenazante que la expectativa de la muerte, puesto que convertiría en absolutamente irrelevantes todas y cada una de las acciones de la vida convirtiéndola en insoporrible: «la existencia humana sin final, interminable, tal como la conocemos, sería totalmente absurda: ningún acontecimiento merecería ser tomado con seriedad» (67).

La muerte, como buena hermana, cuida fraternal, y también sororalmente, de nuestra vida. Aunque la muerte sea sinónimo de experiencia de «la mayor soledad que sufrimos los humanos» (80), la del moribundo en primer lugar, y la de sus deudos tras su partida, la muerte nos humaniza: «contribuye a humanizarnos de modo más intenso que cualquier otro rasgo antropológico» (43), porque la conciencia del tiempo tasado dota a nuestros actos de la densidad de lo irreversible en un decurso temporal que corre inexorable hacia su consunción, angostando paulatinamente nuestras posibilidades de elección: «Gracias a mí [la muerte] podéis saborear lo mejor de vuestra existencia temporal» (38), es ella quien «facilita que os toméis en serio [...] la existencia personal» (42), porque la muerte nos enseña «a ser sensatos, a calcular el tiempo», «a disfrutar mejor de la vida» (83); es la muerte quien «tensa de modo fundamental las elecciones [...] durante el discurrir del tiempo» (87).

La muerte humaniza, además, porque es capaz incluso de acrecer el amor hacia la persona fallecida, cuyo carácter valioso se hace si cabe aún más patente en su ausencia, de modo que la muerte provoca «un mayor crecimiento en la capacidad de amar» (92), si bien «de ma-

nera espiritual, como una «presencia en la ausencia»» (80).

En el terreno más específicamente moral, la muerte nos puede hacer mejores, porque «cincela y perfecciona interiormente mucho más que otras experiencias» (80). Por otra parte, sin la perspectiva segura de la muerte, difícilmente el discurso moral lograría verdadero sentido, pues el absurdo, que, como bien señala el autor, es incompatible en su forma absoluta con el vivir humano: «*Es imposible para un ser humano asumir con coherencia el absurdo total*» (64), ampliaría su efecto inhibitorio en última instancia a cualquier reflexión o decisión moral, convertidas *eo ipso* en cuasi irrelevantes: sin la muerte «no sabríamos por qué es mejor esta o aquella acción, qué valor debemos conceder a la libertad, al amor, a la búsqueda del bien», la vida estaría «vacía de contenido moral» (68).

El libro culmina con dos capítulos dedicados a la posibilidad de la inmortalidad del yo tras la muerte biológica, desde una perspectiva filosófica («Incertidumbre y esperanza», cap. 16) y religiosa («El Eterno Viviente», cap. 17). En el primero de ellos el autor apela a argumentos clásicos en el terreno del debate mente-cerebro, que apuntan hacia la plausibilidad de la inmortalidad del yo, entre ellos la «autoconsciencia» y «creatividad» de la persona que hacen posible su carácter biográfico único y «espiritual» (97)¹.

En el capítulo final el autor plantea la perspectiva cristiana (la profesada por él mismo, con muchos de sus maestros reconocidos en diversos pasajes del libro:

1. «una legalidad espiritual *autónoma*» en palabras de Scheler (2011, 83).

Unamuno, Zubiri, Marías, el propio Kant), perspectiva en virtud la cual el autor confía, fiado por su parte de la revelación bíblica, en la recreación de los cuerpos tras la muerte: «las personas que he ido [la muerte] destruyendo durante milenios y milenios, y que convertí en huesos y cenizas, han sido *ya* recreadas y transformadas, en otra dimensión atemporal, por quien es el origen, fundamento y destino de todo lo existente» (110-111).

Confortado en su esperanza cristiana, el filósofo (no Enrique Bonete, afortunadamente), tras su enigmático diálogo con la muerte sobre ella misma, muere apaciblemente en manos de su esposa tras constatar agradecido la belleza misteriosa de la existencia, el carácter «prodigioso» de la vida y la muerte (122).

El bello ensayo de Enrique Bonete se lee de corrido y está iluminado aquí y allá con reflexiones penetrantes y metáforas brillantes. Desde una antropología personalista de matriz cristiana que practica una hermenéutica de la confianza respecto a la vida humana, vida que consiste fundamentalmente en «desarrollar» esa «condición amorosa» (90) que hace inconcebible la desaparición total de los seres amados, el autor propone una hermenéutica igualmente esperanzada de la muerte a partir del análisis de su sentido antropológico y moral, hermenéutica esperanzada que incluye una apuesta razonada por la pervivencia de la persona tras su cesar biológico.

La relación del hombre occidental europeo con el morir se ha vuelto crecientemente problemática en los últimos dos siglos. La muerte ya no forma parte de la cotidianidad (incluso espacial) de la existencia, cuando los difuntos eran velados en las propias casas y los deudos

convivían de forma natural por días con el muerto; hoy se relega a la muerte al extrarradio del lenguaje y de las ciudades, de modo que el «morir» se ha vuelto impronunciable, y por tanto impensable. El hombre tardomoderno, como apuntaba agudamente Ernst Cassirer, necesita perentoriamente pruebas de la inmortalidad de su yo autoconsciente, las mismas pruebas que el hombre primitivo, instalado de forma espontánea en la creencia en su inmortalidad, exigiría para que le demostrasen su mortalidad.

Sin «un gran libro es un gran mal», como habría afirmado Calímaco de Cirene, este pequeño libro del profesor Bonete es en cambio un gran bien, no solo por su estilo y formato, sino también por la riqueza de sus sugerencias e intuiciones dispersas a cada página. Un libro especialmente indicado para ayudarnos a limpiar la pátina del olvido que las sociedades occidentales (en algún sentido) avanzadas han acumulado sobre el fenómeno de la muerte, y afrontar serenamente la posibilidad de una apropiación personal y esperanzada del morir que contribuirá a hacernos más humanos.

Francisco T. BACIERO RUIZ

Universidad de Salamanca

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3055-8040>

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- SCHELER, Max. *Muerte y supervivencia*. Introducción de Juan M. Palacios. Trad. Xavier Zubiri. Madrid: Encuentro, 2011.